

moderna la soberbia? ¿Pueden acaso conciliarse la humildad de espíritu y la concupiscencia de la carne? Mas he aquí que la fama de la santidad de Francisco se dilata por todos aquellos contornos y su humildad vuelve á ser puesta á prueba con los aplausos de las gentes. ¡Oh! No temáis, que de la prueba saldrá más aquilatado, como el oro finísimo sale más acendrado del crisol.

6. Dios nuestro Señor, por caminos que Él se sabe, conduce á la gruta del solitario tropas de discípulos decididos á ponerse bajo su dirección para aprender el camino del cielo. Todos le reconocen y aclaman por maestro de perfección cristiana, y aun no cuenta veintiún años. ¡Tanto ha aprovechado en la escuela de la humildad! Es imposible resistir á la voluntad del Señor. Por mucho que le duela abandonar aquella dulce soledad donde ha gustado delicias celestiales, la caridad de Cristo, como al Apóstol, le urge, le apremia para que salga de ella y vuelva á su patria donde le espera un ministerio de salvación para bien de innumerables almas y para lustre y ornamento de la Iglesia. Su corazón fortalecido con la íntima comunicación con Dios, como su cuerpo con el ejercicio de la penitencia, es ya insensible al atractivo de las humanas vanidades. Vengan en buena hora millares de aprendices de santidad, y entre ellos matronas distinguidas, jóvenes de la primera condición, grandes del mundo y hasta Pastores de la santa Iglesia; ábranse escuelas de perfección por todas partes á fin de calmar aquel entusiasmo extraordinario suscitado por el nombre y el ejemplo del portentoso ermitaño de Calabria. Nada será capaz de perturbar la serenidad de su alma profundamente humilde, y por lo mismo grande y de temple superior, que ha sabido comprender el ningún valor de lo que el mundo llama grandeza, fama, reputación, aplausos. . . . Él sabe que no es más que un débil instrumento en las manos de Dios, quien se sirve de él cómo y cuándo

quiere para llevar adelante sus designios de misericordia. ¡Él es nada, Dios es todo! Así se dispone Francisco de Paula para llegar á ser el patriarca y fundador de una nueva y numerosa familia de religiosos, que, por su grande humildad, quiso el Santo que se llamasen *Mínimos*, ó los menores de todos, y que, difundida primero en Italia, dilatóse después por Francia, España y los demás reinos de la cristiandad. Sus mismos principios fueron marcados con el sello de la humildad: á pequeños comienzos debían corresponder, como suele, prodigiosos resultados. Empieza Francisco por echar los cimientos de una modesta capilla, llevando él mismo sobre sus hombros los materiales de la obra; pero acompañado espontáneamente de las masas de gentes que concurrían á ayudarle, Dios no está contento con la pequeñez del edificio, y mándale por medio de San Francisco de Asís, que lo derribe y empiece á labrar otra iglesia grande y espaciosa, confiado en el favor del cielo. Hácelo así el obediente varón, y con manifiestos milagros la obra se lleva á cabo en breve tiempo. Aquélla fué la cuna gloriosa de la nueva orden de los Mínimos.

7. Y si á sus hijos llamaba *Mínimos* ¿cómo se llamaría á sí mismo aquel que se tenía por el menor de todos, según el consejo de Jesucristo? «El que es mayor entre vosotros, hágase como el menor.»¹ ¡Ah! diría Francisco con toda la sinceridad de su alma: «Esta gracia se me ha hecho á mí que soy entre todos el mínimo.»² Por eso se abatía á los oficios más humildes y bajos de la casa, sirviendo á la mesa á sus hermanos, lavándoles las ropas, barriendo la iglesia, desempeñando los empleos más penosos. Su tenor de vida, si no más austero, era el mismo que había emprendido desde sus primeros años. ¡Cosa

¹ Matth. 20, 26; 23, 11. Marc. 10, 43. 44; 9, 34.

² Eph. 3, 8.

admirable! ¿Cómo pudo perseverar en tanta aspereza y rigor hasta la avanzada edad de noventa y un años en que rindió su alma al Señor? ¿Fue esto un milagro, ó bien una prueba manifiesta de lo que puede la abstinencia, acompañada de la pureza de costumbres, para prolongar, aun naturalmente, la vida del hombre? Pero ¿es acaso este ejemplo único en las historias eclesiásticas? y ¿no es la confirmación de las muchas alabanzas del ayuno debidas á la elocuente pluma del gran Basilio y otros santos Doctores de la Iglesia? ¡Ah! ¡cuánto tenemos que aprender, carísimos hermanos, en la vida de los grandes siervos del Señor! ¡Cuán opuesta fué su conducta á las máximas corrientes en el mundo! Y ¡cuán agradable fué al Señor esa manera de proceder que á nosotros nos parece tan extraña, tan ajena á la prudencia de la carne! ¿Queréis palpar la prueba de lo acepto que fué á Dios su gran siervo, el humilde San Francisco de Paula? Pues seguid considerando los mil modos con que lo ensalzó y glorificó entre los hombres, según su promesa indefectible: *Qui se humiliat, exaltabitur*, con cuya consideración se pondrá más de relieve la excelencia de su virtud característica, la humildad. Esto veremos en la segunda parte.

II.

8. Sí, pasad á contemplar á uno de los mayores taumaturgos de la Iglesia de Cristo, al profeta del siglo XV, al consejero de los reyes, al favorito de los Pápas. ¡Qué títulos, al parecer hiperbólicos, pero en la verdad tan exactos! Los hechos auténticos de la vida de San Francisco de Paula los justifican plenamente. Hay más. Su peregrinación por la tierra puede llamarse una brillante carrera de triunfos y ovaciones populares. De sus muchos y raros milagros está llena la bula de su canonización expedida por el sumo Pontífice León X, doce años, nada más, después de la muerte del Santo. Y fué así, dicen sus

biógrafos, que le ennobleció Nuestro Señor, y le hizo esclarecido y glorioso con los muchos y grandes milagros que obró por su intercesión, de tal manera y con tanta abundancia que parecía que le había hecho señor de todas las criaturas. En efecto, todas ellas le obedecían, el fuego, el aire, el mar, la tierra, la enfermedad y la muerte, los animales, los hombres y los mismos demonios estaban sujetos á la voluntad de este santo y humilde varón¹. Viósele pasar en medio de las llamas de un horno encendido sin que le causasen lesión alguna, y aun trayendo brasas en las manos, quedaban éstas ilesas, como si manejase frescas y delicadas rosas. Contuvo en el aire masas enormes que se desgajaban de las rocas; y si me preguntáis con qué fuerzas, os diré que con la fuerza divina de su palabra; y con la misma aquietó á la tierra que, bamboleándose, amenazaba convertir las altas torres en un montón de ruinas. Pero ¡cuál no fué la admiración y el espanto de los marineros que le vieron atravesar el mar desde Calabria hasta Sicilia en la barca de su hábito tendido sobre las ondas, con tanta seguridad y confianza como si navegase en una poderosa embarcación! Que las enfermedades cedían instantáneamente á su mandato, pruébanlo aquellas tropas de enfermos de toda clase de dolencias que acudían á buscar en Francisco el remedio de todos sus males. Y no salía burlada su esperanza, pues vez hubo que como en la ciudad de Borneo quedaron sanos cuantos enfermos se agolparon á su tránsito. Entre éstos había ciegos á quienes dió vista y mudos á quienes devolvió el uso de la lengua. La misma muerte experimentó el poder irresistible de Francisco, viéndose obligada á devolver sus víctimas nada menos que en seis distintas ocasiones. Pero ¿qué, si hasta los demonios tuvieron que abandonar, á la voz del Santo, á los desventurados de

¹ *Rivadeneyra*, Flos Sanct.

quienes habían tomado posesión? ¿Qué mucho que los pueblos le aclamasen por hombre extraordinario, y las muchedumbres le siguiesen como mansas ovejas á su pastor? Compréndese el imperio que debió de ejercer sobre los hombres quien lo tuvo tan absoluto sobre los mismos elementos.

9. Ya no me admira que concurren personas de toda condición, confundidas en un mismo sentimiento, á levantar numerosos y magníficos monasterios de la nueva orden de los Mínimos así en Francia como en Italia, y que los mismos obispos se apresuren á ofrecer al santo Fundador los medios de establecer el instituto en sus diócesis, como lo hicieron los de Paula, Paterno, Spezzia y otros de Sicilia. Pero no fueron solamente los príncipes de la Iglesia los que distinguieron con tales honores al varón de Dios: fué el mismo Pontífice romano Sixto IV, quien, advertido por la voz de la fama de las grandes maravillas que Dios obraba por la mano de aquel gran siervo suyo, llámale á su corte de Roma, y en presencia de aquellos eminentísimos Prelados mándale sentarse á su lado, mientras el santo Ermitaño, confundido con tales y tan extrañas honras, no sabe hacer otra cosa que postrarse en la presencia del Vicario de Cristo y suplicarle con lágrimas se digne dejarle en el humilde estado de laico en que se encuentra, y no elevarle, como el Papa deseaba, á la alta dignidad del sacerdocio. Á competencia con los príncipes de la Iglesia le honraron los grandes de la tierra y hasta los mayores monarcas de su tiempo. Fernando de Nápoles oye de los labios del nuevo profeta graves palabras de reprensión por los abusos y violencias que comete con su pueblo, y llega á quedar aterrado y anonadado con un estupendo milagro que obra el Santo, cual fué el exprimir sangre de una moneda, como símbolo de la opresión que ejercía aquel soberano sobre sus pobres súbditos. Y ¡admiraos, fieles del siglo XIX! Las reprensiones

de Francisco fueron bien recibidas y acatadas por el cristiano monarca del siglo XV: ¡tanta era la religiosidad de aquella época, y tanta la veneración y el respeto que imponía un hombre santo aun á las testas coronadas! Y no sólo el rey de Nápoles prodiga honores inauditos al varón de Dios que le corrige y le vaticina también venturosos sucesos, sino el poderoso monarca de Francia, Luis XI, le recibe en su corte con extraordinarias muestras de acatamiento y reverencia, nada menos que como á un taumaturgo de quien se promete la salud y la vida. Aquel gran rey, dice un orador sagrado, especie de deidad sobre la tierra, infatuado con la gloria del trono, en nada pensaba menos que en la muerte que le iba á los alcances¹. Habiendo intentado sin provecho todos los remedios que la medicina podía ofrecer á un rey tan poderoso, acudió á Sixto IV, para que con su autoridad suprema obligase á Francisco de Paula á pasar á Francia á visitarle. ¡Qué honor ciertamente para el hombre del pueblo que á tan larga distancia llama la atención y es objeto de la solicitud de un soberano! Rehusáralo Francisco si no mediara la obediencia del Pontífice. Pero no va á la corte de Francia como ángel de salud, sino como profeta de verdad. Cual otro Isaías dice con libertad al regio enfermo: *Dispone domui tuæ, quia morieris*²—«No es voluntad de Dios que recobréis la salud; tened paciencia y conformaos con su santísima voluntad. Disponeos para bien morir y dar á Dios cuenta de vos y vuestro reino.» ¡Admirable entereza apostólica! ¡qué bien se hermana con la humildad! Mas ¡oh prodigio de la gracia derramada en los labios de Francisco! El rey se humilla y se somete á los decretos de Dios; y desde aquel momento sólo piensa en seguir los caritativos consejos del médico de su alma y

¹ Fr. Vicente Hernández, Sermón de S. Franc. de P.

² Is. 38, 1.

prepararse á un tránsito feliz. Francisco no le desampara, y el monarca obtiene la venturosa suerte de expirar entre las manos del siervo de Dios.

10. Nada diré de su espíritu profético ni de tantos otros dones con que plugo al Señor ensalzar á su humilde siervo para cumplir su promesa: *Qui se humiliat exaltabitur*; pero ¿qué don mayor pudiera Dios hacerle, que el don de los dones, el espíritu de caridad que inflamó su corazón con tan ardientes llamas que lo transfiguró en serafín humano? ¡Ah! ¿no habéis visto escrito sobre su corazón este lema divino: *Caritas?*—Caridad, amor de Dios respira su endiosado semblante: caridad, amor del prójimo, predicán todas sus acciones: la caridad que le vivifica parece comunicarse á cuantos le contemplan. De él se ha dicho como del gran legislador Moisés: *Dilectus Deo et hominibus*—«Fué amado de Dios y de los hombres»¹; pero también debe decirse: amó á Dios y á los hombres, porque supo corresponder á la predilección de Dios. ¿Cómo no había de amar ardentísimamente á aquel Dios que le colmaba de tan singulares favores? ¿cómo no había de amar á los hombres quien tantos beneficios iba haciéndoles por doquiera que pasaba, quien no vivía para sí, ocupado todo en glorificar á su Dios y en procurar el bien á sus hermanos? Por eso fué dichoso hasta en las circunstancias accidentales de su muerte. Después de una vida de más de noventa años, consagrada á servir á su Criador y edificar á su Iglesia, habiendo dado la bendición á sus hijos, un día de viernes santo abrazado con una cruz y diciendo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, dió su espíritu al Señor, á la misma hora que Jesús había dado el suyo al Padre en el ara de la cruz. Quedó su cuerpo muchos días tan entero y fresco como si estuviera vivo, despidiendo de sí una celestial

¹ Eccli. 45, 1.

fragancia, símbolo de la que exhalan hasta hoy por todo el mundo sus admirables virtudes. ¡Oh fragancia suavísima, la de la humildad! ¡oh exquisito aroma, el de la caridad! Corramos, hermanos carísimos, tras la huella luminosa que nos dejó trazada el humilde y caritativo Francisco de Paula: á su ejemplo humillémonos, como nos aconseja el apóstol San Pedro, bajo la poderosa mano de Dios, para que nos ensalce en el tiempo de la visitación¹, en el día de la eterna recompensa. Así sea.

De San Isidro Labrador.

(Predicado en Costa Rica, 1878.)

El modelo del obrero cristiano².

Ecce homo agricola iste fuit... ad servendum Deo viventi.

Sec. Zach. 13, 5.

1. El hombre cuya dulce imagen veis allí, católicos oyentes, cuyo nombre, grato y venerable para todo corazón cristiano, es para vosotros objeto de singular cariño, respeto y veneración sin límites, no es un grande de la tierra, no es un sabio ni un célebre estadista, es pura y simplemente un santo agricultor, un pobre jornalero que supo santificarse en el trabajo y adquirir alta gloria en el cielo y renombre imperecedero en la cristiandad. Es vuestro glorioso Patrono, y Patrono de la capital de España, San Isidro Labrador. Es lo que dice la Iglesia aplicando el texto de la sagrada Escritura que acabáis de oír: *Ecce homo agricola iste fuit*. . . «He aquí un hombre que no pasó de

¹ 1 Petr. 5, 6.

² Aprovechamos la ocasión que nos brinda la fiesta de un santo agricultor para divulgar la doctrina cristiana acerca del trabajo, magistralmente expuesta por el P. Félix S. J. en el tomo 11º de sus Conferencias de Nuestra Señora de París.